

UN ESPEJO DE HIELO*

Hugo Diego Blanco

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
Universidad Autónoma de Puebla

La intuición clínica de Hipócrates y las piadosas curaciones de San Damián también acompañaron a los misioneros en su largo viaje de Europa a China. La opulencia de la corte imperial sirvió de escenario para las discusiones entre los médicos orientales y los de la Compañía de Jesús; la enfermedad y Galeno, la muerte y Vesalio, el *Manual de pulsos* y las terapias de Wang Shu-Ho fueron temas que provocaron extensas conversaciones entre el padre Parrenin y Kangxi.

Los estudios del sinólogo Joseph Needham acerca de la medicina tradicional china, así como la proliferación de clínicas de acupuntura y de Tai Chi en las principales ciudades de Occidente han terminado por borrar el exotismo de las terapias orientales para convertirlas en algo naturalmente cercano a nosotros. Pero en el siglo XVIII las cosas funcionaban de manera distinta; las opiniones de los médicos europeos así como las relaciones enviadas por los jesuitas desde el otro lado de la Muralla China delinearon una sabiduría medicinal más cercana a la magia que a la ciencia.

En las *Cartas edificantes y curiosas...*** podemos leer algunas inusitadas descripciones de la medicina china. En una de aquellas cartas el padre Parrenin explicaba a un miembro de la Real Academia de Ciencias de Francia que los antiguos médicos del Imperio Amarillo conocieron la circulación de la

sangre y fundamentaban su habilidad en la fe en sus libros clásicos, así como en la evidencia producida por el movimiento del pulso. Los letrados cercanos a la corte comentaron a Parrenin que existía un libro canónico de medicina en donde aparecían secretos curativos explicados detalladamente, el libro en cuestión —dijeron— era muy difícil de conseguir y si se lograba encontrar resultaba imposible de entender para un europeo. Estas revelaciones de la correspondencia de Parrenin fueron tomadas con mucha reserva en Francia; para los médicos de París no resultaba claro el sentido de la palabra “conocer”, si los antiguos maestros chinos tuvieron una representación abstracta del movimiento de la sangre entonces —observaron los académicos europeos— no habría que tomar en serio sus indagaciones pues aquella intuición también podría atribuirse a los médicos griegos y latinos.

Los misioneros adoptados por el Imperio en la Ciudad Prohibida escuchaban las conversaciones de los médicos chinos y aunque no encontraban solidez en las palabras de los letrados se sorprendían al comprobar que los tratamientos aplicados devolvían la salud a los enfermos. El padre Bernard Rhodes —un jesuita médico formado en Francia— creía que los diagnósticos realizados a partir de la observación del pulso y algunas partes de la cabeza tuvieron relación con las teorías médicas de los antiguos maestros chinos pero que los practicantes de la medicina en la corte de los Qing únicamente conservaban el procedimiento mecánico de las terapias sin conocer sus fundamentos clínicos.

Ciertos capítulos del anecdotario de la medicina china relatados por los

* Capítulo del libro *Las esferas de la paciencia* que publicará la editorial Vuelta.

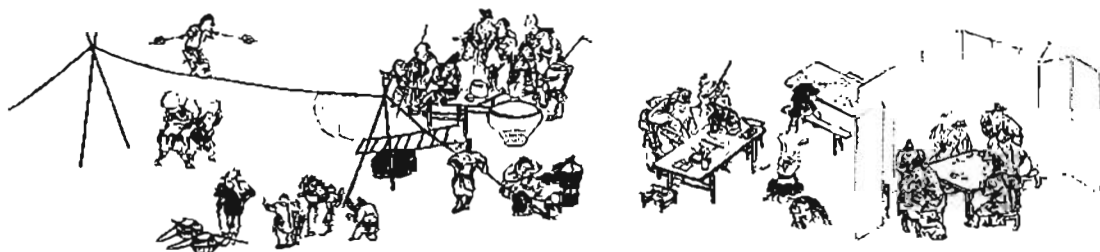
** *Cartas edificantes y curiosas escritas de las misiones extranjeras y del levante por algunos misioneros de la Compañía de Jesús*; Madrid, Imprenta del Supremo Consejo de la Inquisición y de la Reverenda Cámara Apostólica. Año 1753. XV tomos.

padres de la Compañía de Jesús muestran los imaginativos matices con los que algunos hombres del siglo XVIII conocieron la civilización oriental. En el año de 1690 la abuela del Emperador tuvo una enfermedad en los ojos reacia a los tratamientos oftálmicos chinos. Kangxi convocó a sus médicos y ordenó con particular severidad que pusieran a la disposición de la abuela emperatriz los medios necesarios para devolverle la vista. Como los médicos de la corte ya habían hecho uso de todos los remedios posibles, uno de ellos quiso salir del problema repitiendo un tratamiento recomendado por un viejo médico de provincia. "Hay que aplicar —comentó— la hiel de un elefante en los ojos de la abuela." Los médicos de la corte aprobaron la propuesta no tanto por estar seguros de la eficacia de aquella evaporada lección, sino fundamentalmente porque pensaron que el Emperador no la llevaría a cabo y así ellos estarían exentos de responsabilidad. Pero tal era el deseo de Kangxi de contemplar junto a su abuela la Colina de la Longevidad que dispuso inmediatamente la muerte de un elefante y la extracción de la bilis. El mandato imperial fue una flecha que dio en el blanco; cirujanos, mandarines, eunucos y otros curiosos presenciaron el sacrificio del elefante. En el momento en que el verdugo del paquidermo extrajo el hígado y no encontró la hiel un gemido oculto los heló, entonces otros médicos abrieron los intestinos y el estómago, registraron con ansiedad las entrañas del pobre elefante y la bilis nunca apareció. El médico responsable no atinaba a decir una frase coherente, estaba inerte y pálido por el miedo. Su recomendación sólo había servido para sacrificar a un elefante del Zoológico Imperial y presen-

gió con justificada razón un oscuro castigo.

Con temor y vergüenza los médicos se dirigieron al recinto imperial para relatar detalladamente a Kangxi los accidentes de su infructuosa búsqueda. La reacción del Emperador no se hizo esperar, visiblemente molesto se encaró ante sus informantes y los trató como unos ignorantes que no merecían el título de letrados. En medio de aquel ataque de cólera el Hijo del Cielo pidió la presencia de los Han Lin, es decir, los letrados más calificados de la corte. Estos mandarines tampoco acertaban a dar una explicación correcta a la inútil búsqueda de la hiel del elefante. Hablaban con términos insustanciales y abstractos porque temían comprometer su ignorancia en ese tema. Nadie supo cómo, de entre la confusión, apareció un joven bachiller. Aquel esbelto adolescente aseguró que el elefante sí tenía hiel, pero advirtió a los médicos de la corte que nunca la iban a encontrar mientras siguieran buscando cerca del hígado, explicó a los Han Lin y al Emperador una teoría según la cual la bilis se paseaba por el cuerpo del animal obedeciendo a las diferentes estaciones del año y después citó el libro y el autor en donde había aprendido lo que los médicos de la corte ignoraban.

Existía una morbosa expectación cuando se auscultó de nueva cuenta al desafortunado elefante. En el centro del salón se encontraban el joven bachiller y el paquidermo descuartizado rodeados de mandarines, médicos y eunucos. Fue más grande la agitación de los cortesanos que la espera, pues el bachiller localizó fácilmente la hiel. El Emperador recibió el anuncio del acontecimiento y elogió con emoción al inesperado estudiante al tiempo de convertirlo en



Han Lin sin ningún examen previo, meses después lo enviaron a una provincia como juez de los letrados y tres años más tarde Kangxi lo incorporó a su corte para hacerlo director de una Oficina Imperial.

El padre Parrenin conoció esta historia gracias a su amistad con dos viejos letrados quienes fueron testigos del incidente médico. Si el jesuita hubiera estado presente en la Ciudad Prohibida en aquellos años, seguramente habría hecho algunas preguntas al intempestivo Han Lin ya que tenía interés en conocer más detalles de la terapia y del libro de medicina. Uno de los amigos de Parrenin había leído en su juventud ese libro pero desafortunadamente no lo conservaba en su biblioteca y el otro letrado aseguró que lo podía pedir prestado a un Han Lin de su confianza. Cinco días después el amigo del jesuita cumplió con su promesa y llegó con el tomo XV de la *Historia general de las plantas y los animales*. El libro era en verdad una voluminosa antología formada por escritos de muchos médicos y botánicos; en el artículo sobre los elefantes se citaba a un antiguo maestro que escribió: "La hiel del elefante no reside en el hígado, pues tiene sus cuatro estaciones: en la primavera se encuentra en la mano izquierda, en el verano en la derecha, en el otoño en la pierna izquierda y en el invierno en la derecha". El carácter chino empleado en el libro designaba toda la pierna. Esta circunstancia inquietó al misionero, pues la poca precisión del ideograma le impedía conocer la parte definida de las extremidades donde se encontraba la hiel del paquidermo. Seguramente por esta razón Parrenin recomendó al director de la Real Academia de Ciencias que solicitara a los miembros que trabaja-

ban en África una información detallada sobre el asunto de la bilis de los elefantes, pues en aquellos lugares sacrificaban con frecuencia a decenas de esos animales.

Los chinos abrían el cuerpo de los animales para estudiar sus órganos y no practicaban la misma curiosidad en el cuerpo de las personas por poseer un desarrollado escrúpulo sobre la integridad del cuerpo humano. Los misioneros conocieron estas costumbres y aceptaron aquellos principios que formaban "un sentimiento bueno, el cual quizás ha conservado más vidas que las que hubiera sanado la anatomía". Al igual que el padre Parrenin, el jesuita Bernard Rhodes supo de las dificultades existentes para enseñar nuevos métodos a los médicos chinos. Como éstos estaban educados confucianamente en el amor filial y en el "natural horror que tiene el hecho de abrir y cortar el cuerpo de un hombre" los médicos asiáticos nunca aceptaron la importancia del estudio de la anatomía ni siquiera en los cadáveres.

Al finalizar el siglo XVII el padre Rhodes arribó a China; su habilidad de cirujano y sus amplios conocimientos de farmacia lograron la estimación del Emperador y los mandarines. Recibía en la casa jesuítica de Pekín a muchos enfermos desahuciados por los médicos chinos; un letrado le confesó al padre Rhodes que existía una gran diferencia entre los terapeutas europeos y los orientales. Según palabras del misionero, aquel erudito tártaro aseguraba que los médicos chinos mentían desvergonzadamente y además intentaban cualquier tratamiento sin importarles la gravedad de los enfermos, recetaban medicinas sin conocerlas y si alguien se atrevía a dudar de sus opiniones, entonces contestaban con un diluvio de palabras



inentendibles. La única habilidad de los médicos chinos —aseguraba el confidente del padre Rhodes— consistía en su rapidez para sacar dinero a sus pacientes antes de enviarlos a la otra vida. En las *Cartas edificantes y curiosas...* existe una imagen idealizada de los médicos europeos y sus características resultaban inmejorables; hablaban poco, prometían menos y hacían mucho. “Si decía que no había que temer podía confiarse en su palabra, pero si no hablaba y su semblante se entristecía entonces estaba haciendo un presagio mortal.”

La cercanía del médico misionero con el emperador Kangxi permitió a los demás jesuitas mostrar sin ninguna reserva las medicinas europeas. En una ocasión el Emperador fue atacado por una fiebre maligna y los médicos de la corte no podían encontrar remedio a la enfermedad, aceptaron las pastillas que los jesuitas recomendaron; se trataba del mismo medicamento que el rey Luis XIV regalaba a los franceses pobres. Las pastillas de quinina en un día quitaban la fiebre y los enfermos se podían levantar de su lecho en poco tiempo. Algunos mandarines ya las habían usado con buenos resultados, dándoles un nombre chino que traducido literalmente significa remedios divinos. En el momento en que Kangxi se agravó, los médicos de la corte optaron por la alternativa de administrarle la medicina europea y al llegar la noche la fiebre había desaparecido y el Emperador se sentía mejor.

Durante el tiempo que duraron las fiebres tercianas el Señor de los Diez Mil Años hizo publicar en todas las ciudades del Imperio un memorial en donde se asentaba que si alguien conocía una medicina contra aquella enfermedad lo hiciera saber, y de la misma manera se informaba a las personas enfermas del mismo mal, se acercaran al Palacio Imperial para ser curadas con los remedios que llegasen. Todos los días se presentaron ante las puertas de la Ciudad Prohibida decenas de curanderos asegurando poseer el remedio contra aquel mal. Un médico hizo sacar de un pozo un recipiente con agua fría, levan-

tó las manos y los ojos al cielo, presentó el agua al sol y luego la orientó a cada uno de los puntos cardinales, hizo cien genuflexiones y después dio el agua a un enfermo que impaciente esperaba de rodillas su remedio, pero como la medicina no hizo efecto alguno, aquel bonzo fue considerado un embustero.

La imagen europea de la medicina china no se distinguía de la que poseían de la ciencia y la cultura oriental. No es extraño, en consecuencia, que un antiguo proverbio del Imperio Amarillo dijera: “Los chinos tienen dos ojos, los europeos uno y los demás pueblos de la tierra son ciegos”, y fuera escuchado con ironía e incredulidad por los académicos franceses. Lugar común entre las personas ilustradas del siglo XVIII había sido admirar la antigüedad de China, la estabilidad de su gobierno, el amor al trabajo, la docilidad del pueblo, el espíritu de orden y la fidelidad a sus costumbres, aunque poseían enormes dudas sobre las capacidades intelectuales de la civilización oriental. Todavía en el siglo XIX se acostumbraba elogiar las habilidades artesanales de los chinos y menospreciar sus capacidades científicas. El Conde de Segur, en la *Historia universal antigua y moderna*, explicaba la inhabilidad teórica de los pensadores del Imperio Celeste en los siguientes términos:

En cuanto a la civilización intelectual, basta decir que su escritura es jeroglífica y no alfabética. Por consiguiente, consta de tantos signos como palabras hay en el idioma o como ideas hay en los entendimientos, y así el arte de la lectura y la escritura es tan difícil, que hay muy pocos chinos que la posean perfectamente y será más difícil a proporción que se aumenten los conocimientos y sus signos. Los filósofos de China emplean toda su vida en este estudio y poco tiempo puede quedarles para adelantar en aquellas ciencias que requieren un trabajo constante y una contención de espíritu.

El escritor francés Dortous de Mairan, quien publicó el *Tratado físico e histórico de la aurora boreal*, mantuvo una larga relación epistolar con el padre Parrenin y en una de las cartas comentó

al misionero que le parecía extraño el “ingenio de los chinos”, pues en algunas cuestiones era agudo y “tan inferior en lo que se llaman ciencias especulativas. Según sus historias antiguas —continúa Mairan— cultivan estas ciencias hace más de cuatro mil años pero no han creado algún genio importante”. A los escritores europeos, como Fontanelle y Mairan, lectores de las crónicas chinas, les asombraba la profunda ignorancia geográfica de los orientales, no concebían cómo un culto letrado pudiera señalar con el índice, ante un mapamundi desplegado sobre su mesa, que el Imperio Amarillo ocupaba el territorio de toda Asia y Europa así como una parte de África, y en América se encontraran los demás países del mundo; también les llamó la atención que jesuitas como Ricci, Schall y Verbiest hubieran sido los responsables de la reforma del calendario imperial ya que aquella tarea había sido observada durante siglos como una de las más importantes del Imperio. Un pueblo infinito y poderoso —razonaban los académicos franceses— aplicado desde tiempo inmemorial en el estudio de la ciencia y que no pudo dar con seguridad los primeros pasos es sospechoso de ignorancia. Con esta lógica Dortous de Mairan concluyó que de todos los pueblos conocidos los chinos eran “los menos dispuestos y proporcionados para las ciencias; tan incapaces de perfeccionar como de inventar”. No podía ser otra la impresión sobre la cultura china ya que las relaciones sobre el Oriente, desde Marco Polo hasta los jesuitas, fueron consideradas más como ejercicios de fabulistas que de etnógrafos y, efectivamente, eso parecen algunos episodios de la vida de los misioneros en el Imperio Amarillo.

El padre Parrenin escribió en una de las *Cartas edificantes y curiosas...* sus recuerdos de un encuentro con algunos mandarines y la discusión llevada a cabo sobre los estados químicos del agua en el transcurso de un viaje que hicieron con el Emperador por los territorios en donde se practicaba la caza del tigre. Durante aquel invierno el padre Parre-

nin intentó convencer a dos ministros del Imperio y a diez Han Lin de la posibilidad de congelar el agua caliente aunque estuviera cerca del fuego. Aquel singular propósito surgió de las conversaciones que los acompañantes de Kangxi mantuvieron en torno a la congelación de los líquidos en el invierno. Los mandarines explicaban ese efecto de la naturaleza de la misma manera que los filósofos latinos hablaban de cualidades ocultas y términos equivalentes. El misionero se ufanaba de conocer la naturaleza del agua, sus partes integrantes “su figura y el aire mezclado en los espacios que ocupan las partículas en movimiento”. Parrenin aseguró a los letrados: para congelar el agua “basta descomponerla”, es decir —y según sus palabras—; extraer de ella las partes más sutiles que impedían la unión de los otros elementos y así introducir partículas capaces de detener su movimiento.



El jesuita Juan Adam Schall (Siglo XVII)

斗
 田
 出
 筵
 豆
 目
 斤
 戲
 瓦
 盆

Siguió a la disertación de Parrenin un comentario de un Han Lin; "Me gustaría saber —señaló con ironía— ¿con qué instrumentos se podría trabajar sobre unas partes tan pequeñas que escapan a nuestra vista?". Sin la intención de ser desafiante, el jesuita se lamentó por la incredulidad del letrado, pues sólo creía en lo que "ven los ojos", por esa razón acordaron el lugar y la hora donde se realizaría un experimento para borrar las dudas que guardaban los mandarines. La cita fue fijada en la noche porque durante el día ninguno de los que ahí estaban era dueño de su tiempo, pues podían ser llamados por el Emperador en cualquier momento. La voluntad de Kangxi, sin saberlo, también intervino en esta heterodoxa discusión; la noche señalada para la reunión el Hijo del Cielo mandó abrir la barrera que cerraba el campo imperial y envió a un eunuco a la tienda de Parrenin con la orden de presentarse acompañado de un médico. Este incidente hizo que el padre Parrenin faltara a la cita y aunque no era difícil enviar un recado a los mandarines para advertirles el motivo de su ausencia prefirió jugar con la soberbia de los letrados y mantenerlos en la duda. Éstos, por su parte, al ver que el jesuita no daba señales de vida, enviaron a un sirviente a buscarlo y grande fue su sorpresa cuando se enteraron que Parrenin había salido de su tienda desde antes de caer la noche. La reacción de los mandarines era de esperarse, pensaron que el misionero, por hablar de más, prefirió esconderse antes de pasar la vergüenza de no poder demostrar sus insensatas afirmaciones. Uno de los Han Lin perdió la paciencia y recriminó a sus acompañantes por creer que un extranjero pudiera saber más que ellos: "Señores —dijo subiendo el tono de voz— ¿hasta cuándo os dejaréis engañar por un hombre que no satisfecho con haberos entretenido sobre la religión con discursos frívolos y desnudos de pruebas sensibles, quiere también engañaros en las cosas naturales con explicaciones sin fundamento inventadas por su fantasía? ¿Qué se dirá de nosotros —agregó aún más enfadado— si se sabe

que ha reunido aquí a tantos letrados para oír sus fábulas?" Al terminar de decir esto, el mandarín se levantó violentamente para abandonar el lugar y el resto de los letrados, más moderados, se retiraron después sin mostrar mayor incomodidad.

Al día siguiente el padre Parrenin se encontró con los mandarines que seguían al Emperador en el círculo de la caza del tigre. Uno de ellos, que era amigo del misionero, relató lo sucedido por su ausencia, también le dijo que sentía mucho no haberlo prevenido a tiempo para abandonar una empresa superior a las fuerzas humanas, pues intentar congelar el agua cerca del fuego "era violentar a la naturaleza". El misionero se acercó a los mandarines para disculparse y explicarles el motivo de su ausencia. Por cortesía los mandarines no respondieron con sinceridad y por su manera de hablar dieron a entender al jesuita que liberaban su palabra empeñada y que para otra vez sería. "Será —contestó Parrenin— si lo queréis esta misma noche." Como ese día ya no tenía que cumplir ninguna obligación con el Emperador, dijo que a buena hora estaría en el lugar acordado. Efectivamente el misionero fue el primero en llegar, pues los Han Lin sólo pueden retirarse del recinto imperial en el momento en que se cierra. Después de los saludos acostumbrados, cada uno tomó su lugar sobre los cojines de seda y formaron un círculo alrededor de un enorme brasero que había en medio de la gran tienda, cuyos accesos estaban casi cerrados para que aumentara el calor. Los mandarines optaron por comentar cuestiones indiferentes por pensar que el jesuita se encontraba ahí para excusarse o para divertirse a costa de quienes tuvieron la debilidad de creerle.

En el momento en que Parrenin observó a los Han Lin deshacerse de sus bonetes y pieles cebellinas, estimó que el calor del recinto era suficiente. "Ea Señores —dijo frotándose las manos— creo que necesitaremos beber un poco de nieve. ¿Queréis que la tenga lista a buena hora?" La propuesta del jesuita fue escuchada por los letrados con risas

pues la tomaron como una broma, acto seguido el Han Lin que era amigo del misionero le preguntó si hablaba en serio y éste respondió: “¿Cómo me atrevería a hablar de otra manera delante de un grupo tan respetable? Mandad a vuestros sirvientes que me traigan una taza de plata llena de nieve y otro recipiente con agua y os haré ver que nada he dicho que no pueda ejecutar”. La orden de Parrenin fue obedecida al instante, pues desde el momento de entrar en el lugar de reunión había prevenido a los sirvientes acerca de las cosas necesarias. La taza de plata cubierta de nieve y el otro recipiente con agua tibia despertó la atención de los mandarines. Como los buenos magos, el jesuita quería efectuar un truco sin que los espectadores lo notaran; era necesario, para realizar felizmente su propósito, mezclar en el agua tibia el nitro escondido entre sus ropas. Astutamente encontró un pretexto; dijo que las lámparas del recinto estaban demasiado cerca de él y le impedían ver bien. El Han Lin que ocupaba aquella tienda ordenó a sus sirvientes colocaran las lámparas en otra parte y aprovechando ese movimiento el misionero puso el nitro en el agua. Inmediatamente acercó al brasero la taza con nieve y la escudilla con agua y haciendo como que le costaba trabajo sostener los dos objetos invitó al mandarín más incrédulo a detener el recipiente con agua mientras él cogía la taza de plata. El mandarín aceptó la invitación de buena gana pues de esa manera tendría la oportunidad de examinar la operación. El calor producido por el brasero cobró cara la curiosidad del letrado, aunque éste soportó estoicamente y nunca se quejó. Los otros Han Lin reían a carcajadas viendo cómo se derretía la nieve que el jesuita meneaba con el dedo y no se imaginaban que el agua del recipiente más próximo al fuego pudiera congelarse.

El experimento concluyó porque el

mandarín incrédulo no podía soportar más tiempo el calor: “Vuestra ayuda ya es inútil —dijo Parrenin— podéis soltar el recipiente”. En efecto el letrado lo soltó para retirarse apresuradamente. Los mandarines se extrañaron al observar que el recipiente con el agua tibia colgaba de la taza de plata. Movidos por la curiosidad se acercaron para tocar el hielo con sus dedos, cogieron los dos objetos pegados sin importarles que sus vestidos de seda fueran mojados por la nieve derretida. “Esperen señores, —afirmó Parrenin con evidente orgullo— voy a satisfaceros de modo que no os quede la menor duda.” Entonces acercó la escudilla con agua congelada al brasero, la colocó boca abajo y pudo verse sobre la palma de su mano un plato de hielo transparente. Los letrados

se acercaron nerviosamente para tocarlo y el mandarín incrédulo, no confiándose de su vista ni de su tacto, rompió la pieza de hielo para comerse un pedazo, suponiendo que el sentido del gusto sería el más fiel testigo de la verdad del experimento.

El hecho de que los mandarines cercanos a los jesuitas no conocieran ciertos experimentos, hizo pensar a los académicos

franceses del siglo XVIII que los orientales eran ineptos para la ciencia, pero en los estudios contemporáneos sobre la historia de la ciencia en China podemos encontrar revelaciones como las de Stephen F. Mason, que hablan de las mediciones ecuatoriales realizadas por los letrados antes de que Tycho Brahe criticara en Europa el método griego de las coordenadas eclípticas. Como dato curioso, es necesario señalar que los jesuitas convencieron a los astrónomos chinos para que abandonaran las mediciones ecuatoriales justo en el momento en que en Occidente se adoptaba aquel método y los indujeron así, a dar un paso atrás y no adelante. Pero es en la obra de Joseph Needham en donde



encontramos una avasalladora información sobre la tradición científica del Imperio Medio. En sus libros *La gran titulación* y *De la ciencia y la tecnología chinas* se puede leer que el científico Chang Heng construyó el primer sismógrafo en el año 130 a.C., y que el desarrollo de la tecnología del hierro y del acero “alcanzó una gran maestría quince siglos antes que en Europa”. La aparición de las armas de fuego tuvo lugar en el siglo IX de nuestra era, los puentes de suspensión se construían desde el siglo VI y los estudios sobre óptica nunca encontraron “el obstáculo que significó la absurda idea griega de que los rayos eran enviados por el ojo”. Dice Needham que el pensamiento chino fue siempre algebráico y no geométrico; durante las épocas Sung y Yuan “la escuela china estaba a la cabeza del resto del mundo en la solución de ecuaciones, de tal manera que el llamado triángulo de Pascal era ya viejo en China al comenzar el siglo XIV”. Después de leer estos capítulos de la sinología contemporánea, no es insensato hacer unas preguntas: ¿alguien podría explicar por qué el espíritu de la tradición científica de Asia Oriental no volvió a adelantar al de Europa Occidental? ¿Newton pudo haber vestido el traje púrpura de los letrados? Mientras los especialistas nos dan la



Mateo Ricci

respuesta regresemos a las *Cartas edificantes y curiosas...* para conocer la opinión de los jesuitas: “Vuestra merced se extraña —escribe Parrenin a Dourtous de Mairan— que los chinos hayan cultivado por tantos siglos lo que llamamos ciencias especulativas y no se produjera un sólo científico que las estudiara a fondo”. Aunque el misionero compartía la opinión del escritor francés, no explicaba el hecho de la misma manera; el jesuita no pensaba que le faltara a los chinos capacidad ni inteligencia, pues era testigo de otras habilidades que “no exigen menos genio ni concentración como la astronomía y la geometría”.

Una de las causas que a juicio de Parrenin detenían el progreso de las ciencias en China se encontraba en la historia de un Imperio en donde se castigaba severamente la negligencia de los matemáticos pero no recompensaba sus aciertos. El misionero aseguró que los astrónomos vivían, en su mayoría, en la pobreza y que la mayor esperanza de quienes gastaban su vida trabajando en la Oficina Imperial de Astronomía residía en la posibilidad de ocupar los empleos que garantizaran una subsistencia mediana. Los matemáticos dependían de la Oficina Imperial de Ceremonias y su secretario no era de los nueve Han Lin que se reunían a deliberar sobre los asuntos más importantes del Estado. “En pocas palabras —aclara Parrenin— como el astrónomo no tiene nada que observar en la Tierra tampoco tiene nada que esperar de ella.”

A la pobreza de los astrónomos habría que agregar la permanencia de los métodos tradicionales; si el responsable de la Oficina Imperial de Astronomía perfeccionaba sus observaciones e intentaba reformar los métodos de investigación, los demás miembros de la academia rechazarían aquellas ideas. “¿Para qué inventamos nuevos problemas —dirían— exponiéndonos a cometer errores que infaliblemente serán castigados con la privación de nuestros sueldos por uno o dos años?” Este tipo de actitudes eran la causa —según señala el jesuita— de que en el Observatorio de Pekín no se utilizaran los telescopios, ni

los péndulos europeos. Para los chinos la intervención de Kangxi fue definitiva y suponían que no había más por hacer pues se había llegado a la perfección. A pesar de que Kangxi realizó reformas al calendario, colocó en el Observatorio Imperial excelentes instrumentos de observación fabricados por los más hábiles artífices occidentales y sabía mejor que cualquier chino que el telescopio y el péndulo eran imprescindibles para efectuar estudios exactos, nunca ordenó a sus matemáticos que los utilizaran. No es difícil imaginar que fueron los mismos astrónomos quienes se opusieron a la introducción de nuevos métodos alegando el apego a las tradiciones. “Es de temer —auguraba Parrenin— que en otra dinastía los antiguos instrumentos ahora rechazados por Kangxi sean reproducidos con orgullo y que los modernos telescopios que ahora ocupan tan últimamente su lugar sean enviados a la fundición para acabar con su memoria”.

Los misioneros jesuitas en China ensayaron muchas respuestas ante las preguntas de los académicos franceses sobre el atraso de la ciencia en el Imperio Amarillo. También imaginaron una utopía piadosa y racionalista en donde alguna interminable dinastía recompensara a los matemáticos, entregara instrumentos y estimulara los viajes científicos. De la misma manera sería necesario —razonaban los misioneros— que los astrónomos estuvieran protegidos de las oficinas imperiales dirigidas por neófitos que no sabrían distinguir si un error provenía de la ignorancia, la negligencia o “de los defectos de las tablas y principios que les son señalados para calcular”.

El atraso científico de China también fue relacionado con la inexistencia de un imperio vecino cuyos pensadores estuvieran apasionados en el estudio de los astros y los números y que, además, corrigieran los errores de cálculo de los matemáticos chinos. Corea y Japón eran consideradas como dos provincias pobres que no podían enseñar nada a los

letrados; en todo caso, y si los mandarines apreciaran que sus vecinos intentaban corregir el calendario imperial, no es difícil imaginar que los chinos hubieran tomado la resolución de conquistar aquel reino para silenciarlo: “Por lo menos —asegura Parrenin— no sería la primera vez que los chinos hicieran la guerra por un almanaque”.

En la China imperial el estudio de la astronomía no constituía el camino más corto hacia la riqueza y el poder. El camino real para los grandes puestos en la corte imperial pasaba por el estudio de los libros canónicos, de la historia de los emperadores, las leyes y la moral de Confucio. Quien aprendía a escribir con ideogramas elegantes y un lenguaje apropiado tenía mayores posibilidades de conseguir el grado que lo colocara muy cerca de la vida próspera. Los doctores enviados por el Emperador a las provincias gozaban de muchos privilegios y de la amistad del gobernador y los mandarines. Los jesuitas describen en sus cartas una imagen de los letrados que no corresponde a la figura mítica de los sabios ancianos: “No se ha de creer, como muchos lo han imaginado, que para obtener este grado tienen que envejecer frente a los libros”. Por lo común los participantes en los exámenes imperiales, que cada tres años tenían lugar en la Ciudad Prohibida, no contaban con más de treinta años. Era posible que jóvenes destacados llegaran al grado de Han Lin antes de cumplir los veinte años.

La inteligencia y el bienestar no siempre caminan por el mismo sendero y pueden dirigirse a destinos antagónicos. Aunque tal vez, a la larga, la ciencia oriental y la occidental tenían que encontrarse en la inhóspita ruta del mundo de la técnica y olvidar la utópica perseverancia del espíritu. Lo cierto es que en el siglo XVIII todavía un misionero francés podía advertirnos que los chinos: “no creen que deba uno violentarse ni coartar el espíritu en cosas meramente especulativas que no puedan hacernos ni más felices ni más tranquilos...”.